

transparente (1). Sorprendida, rechazó á Venus, se burló de sus lamentaciones y juró que, si encontraba á Cupido, le cortaría las libertinas alas. Después, compadeciéndose de la afligida diosa, se puso á buscar con ella al fugitivo. Llegaron á la enramada en que Crisógone había dado á luz, sin saberlo, dos niñas tan hermosas como la aurora del día. Diana cogió una, é hizo de ella la más pura de las vírgenes. Venus se llevó la otra al jardín de Adonis, donde están los gérmenes de todas las cosas vivas, donde juega Psiquis, la esposa del Amor; donde Placer, su hija, retoza con las Gracias; donde Adonis, tendido entre los mirtos y las flores risueñas, revive al soplo del Amor inmortal. La educó como hija suya, la eligió para ser la más fiel de las amantes, y después de largas pruebas la dió al buen caballero sir Scudamour.

XV

He ahí lo que se encuentra en el bosque maravilloso. ¿Os halláis mal en él y deseáis abandonarle porque es maravilloso? A cada vuelta de las calles de árboles, á cada cambio del día, una estrofa, una palabra, dejan entrever un paisaje ó una aparición. Es el alba: la blanca claridad luce tímidamente al través de los árboles; allá, en el horizonte, asciende un velo de vapores azulados que se desvanecen en la risueña atmós-

(1) Lib. III, canto VI.

fera; los manantiales tiemblan y murmuran débilmente entre sus musgos, y en las alturas empiezan á agitarse y á palpar las hojas de los álamos como alas de mariposa. Echa pie á tierra un caballero, un valiente caballero que ha derribado á muchos sarracenos y dado remate á muchas aventuras. Se quita el casco, y se ven aparecer de repente las mejillas sonrosadas de una joven, y largos cabellos que, «como un velo de seda, caen hasta el suelo». El sol juguetea en sus ondas, y, al mirarlos, se piensa «en esos cielos que, en ardorosa noche de estío, fulguran surcados por regueros de luces (1)». Es Britomart, una virgen y una heroína, como Clorinda ó Marfisa; pero ¡cuánto más ideal! El profundo sentimiento de la naturaleza, la sinceridad de la visión, la fecundidad de la inspiración siempre fluente y la seriedad germánica, reaniman aquí las invenciones clásicas ó caballerescas más anticuadas y gastadas al parecer.

El desfile de las magnificencias y los paisajes no se detiene. Promontorios desolados acribillados de anchas llagas; hacinamientos de peñas partidas y calcinadas por el rayo, adonde van á romperse las roncadas olas; palacios deslumbradores de oro donde damas hermosas como ángeles, indolentemente reclinadas sobre cojines de púrpura, escuchan con dulce sonrisa los acordes de una música invisible; anchos paseos deliciosos donde las encinas formando columnatas extienden su sombra inmóvil sobre alfombras de violetas vírgenes y sobre céspedes que jamás holló una planta humana: á todas esas bellezas de la naturaleza añade las maravillas de la mitología, y las describe con tanto amor y de tan buena fe como un pintor del Renacimiento ó un poeta

(1) Lib. IV, canto I, estr. 13; lib. III, canto IX, estr. 20.

de la antigüedad. Ved venir á la bella Cymoent y á sus ninfas en navecillas de concha arrastradas por delfines tan ágiles como golondrinas. Se deslizan sobre las brillantes ondas, y el viento hace flotar sus blondos rizos; un acre olor marino impregna el aire; el sol extiende su manto de luz sobre la llanura cerúlea erizada de innumerables olas; el mar infinito sonriendo besa los pies de plata de sus hijas divinas (1). Nada más dulce y apacible que el palacio de Morfeo. En lo más profundo de la tierra reposa, envuelto en los blandos vapores con que Tetis baña su húmedo lecho; Diana derrama las perlas del rocío sobre su cabeza eternamente inclinada; y la noche melancólica ha extendido sobre él su oscuro manto. No lejos de allí, de lo alto de una peña, cae, gota á gota, un arroyo, cuyo monótono golpeo se mezcla con el rumor de la menuda lluvia; y la brisa, con susurro semejante al zumbido de un enjambre de abejas, arrulla el sueño tranquilo del dios. ¿No queréis ver también en ese bosque un tropel de sátiros que bailan bajo el verde follaje? Vienen saltando como cabritos retozones, «tan contentos como los pájaros de la alegre primavera». La bella Hellenore, que han elegido por reina de Mayo, acude también risueña y coronada de flores y laureles. Resuena en el bosque el sonido de sus flautas. Sus córneos pies ajan el fresco césped del claro. Bailan alegremente todo el día con bruscos movimientos y ademanes provocativos, mientras sus rebaños ramonean caprichosamente en los madroños. A cada libro vemos pasar extrañas procesiones, comparsas alegóricas y pintorescas como las que se presentaban entonces en las cortes de los príncipes: ya la de Cupido, ya

(1) Libro III, canto IV, 33.

la de los Ríos, bien la de los Meses, ora la de los Vicios. Jamás fué más pródiga ni inventiva la imaginación. La orgullosa Lucífera marcha en un carro adornado de guirnaldas y de oro, radiante como la aurora, y rodeada de un pueblo de cortesanos á quienes deslumbra con su gloria y su esplendor; seis bestias diferentes tiran del carro, y cada una va montada por un vicio. Uno de éstos, sobre un asno perezoso, con oscuro ropaje como de monje, enfermo de ociosidad, deja caer la pesada cabeza y tiene entre las manos un breviario que no lee; otro, sobre innoble puerco, de facha deforme, con el vientre hinchado por la lujuria, con los ojos abotagados de grasa, con el pescuezo estirado como el de una grulla, vestido de hojas de parra, que dejan al descubierto la podre de sus úlceras, va vomitando por todo el trayecto el vino y la comida de que se ha atiborrado; éste, desharrapado, con las mejillas hundidas y los pies entumecidos por la gota, va sentado entre dos arcas de hierro, sobre un camello cargado de oro, revolviendo monedas de plata; aquél, sobre un lobo famélico, rechinando los infectos dientes, masca un sapo venenoso, cuya ponzoña rezuma por sus encías, y su descolorida túnica, pintarrajeada de ojos amenazadores, oculta una serpiente enroscada en su cuerpo; el último, con una vestidura desgarrada y ensangrentada, se adelanta montado en un león, blandiendo alrededor de su cabeza una antorcha encendida, con los ojos centelleantes y la cara pálida como la ceniza, apretando en su mano febril el pomo del puñal. El extraño y terrible cortejo desfila, acompañado por la armonía solemne de las estrofas, y la grandiosa música de las rimas «redobladas» mantiene la imaginación en el mundo fantástico, mezcla de horrores y de magnificencias, que acaba de abrirse á su vuelo.

XVI

Y, sin embargo, todo eso es poco. Por mucho que den de sí la mitología y la caballería, no bastan para satisfacer las exigencias de esa concepción poética. Lo característico de Spenser es la enormidad y el desbordamiento de las invenciones pintorescas. Crea de nuevo, como Rubens, apartándose de toda tradición, para expresar ideas puras. En sus manos, como en las de Rubens, la alegoría abulta las proporciones fuera de toda regla y sustrae la fantasía á toda ley, salvo á la exigencia de armonizar las formas y los colores. Porque si los espíritus vulgares hallan en la alegoría un peso que los oprime, las grandes imaginaciones encuentran alas que los transportan. Desasiéndose por su virtud de las condiciones ordinarias de la vida, pueden acometerlo todo, traspasando los linderos de la imitación y las fronteras de la verosimilitud, sin otro guía que su nativa fuerza y sus oscuros instintos. Durante tres días el espíritu maldito, Mammon el tentador, pasea á sir Guyon por el reino subterráneo, al través de los jardines maravillos, de los árboles cargados de frutos de oro, de los palacios deslumbradores y la aglomeración de todos los tesoros del mundo. Han bajado á las entrañas de la tierra, y recorren sus cavernas, sus abismos desconocidos, sus profundidades silenciosas. Andando monstruosamente, marcha tras él un demonio espantoso, dispuesto á tragársele á la

menor señal de codicia. El resplandor del oro ilumina formas horribles, y el metal radiante fulgura con una belleza más seductora en las tinieblas del antro infernal.

«La forma por dentro era tosca y ruda, como una enorme caverna tallada en roquizo acantilado. De la áspera bóveda bajaban arcos desgarrados de oro macizo con espléndidos adornos, y las vigas estaban tan cargadas de rico metal que parecían amenazaros con tremenda ruina; y por encima de ellos Aracne había tejido su artificiosa tela y extendido sus sutiles redes, envueltas en humo impuro y en nubes más negras que el azabache.

»El techo, el piso y los muros eran de oro, pero estaban cubiertos de polvo y de moho añejo, y ocultos en la oscuridad de tal suerte que nadie podía ver su color; porque jamás se dilataba en esa mansión la alegre luz del día, sino sólo un incierto trasunto de pálida claridad, como lámpara cuya vida se extingue, ó como luna envuelta en denso nublado para el viajero que camina lleno de temor y de sombríos terrores.

»En esa estancia nada podía verse, fuera de enormes arcones y fuertes cajas de hierro, cerradas todas de tal modo que nadie podía prometerse forzarlas. Estaban alineadas á lo largo de las paredes. Pero todo el suelo estaba sembrado de cráneos y de huesos de hombres esparcidos alrededor, hombres que allí exhalaban, al parecer, su vida en otro tiempo, y cuyos viles esqueletos habían permanecido insepultos...

»Luego el demonio le llevó adelante y le condujo á otra estancia cuya puerta se abrió de golpe á su presencia, como si estuviese enseñada; allí había cien chimeneas y cien hornos brillantes y abrasadores; junto á cada horno se hallaban muchos demonios, eria-

turas deformes de aspecto horrendo, y todos se afanaban por fundir el metal de oro dispuesto para su purificación.

»Uno, con un fuelle enorme, aspiraba el aire sibilante; otro, con el aire comprimido, inflamaba el fuego; otro recogía con tenazas de hierro los tizones moribundos, y los rociaba frecuentemente con líquidas ondas para aplacar la rabia del furioso Vulcano, el cual, dominándolas, recobraba su primitivo ardor; quiénes quitaban la espuma que salía del metal; quiénes agitaban con grandes palas el oro fundido, y todos se afanaban y sudaban todos.

»Después le llevó al través de oscuro y angosto pasadizo hasta una ancha puerta de oro batido; abierta estaba la puerta; pero en ella esperaba un robusto gigante, dando firmes y arrogantes zancadas, como si quisiese desafiar al Altísimo. Llevaba en la diestra una clava de hierro, pero él era de oro totalmente, aunque estaba dotado de sensibilidad y de vida, y sabía manejar bien su maldecida arma contra sus encarnizados amigos...

»Entraron. Era una cámara espaciosa, como salón de asamblea ó templo solemne. Infinidad de pilares de oro sostenían el macizo techo y sustentaban prodigiosas riquezas; cada pilar estaba ricamente adornado de coronas, de diademas y de vanos títulos que los príncipes mortales llevaban cuando reinaban en la tierra.

»Allí multitud de hombres de todas las razas y de todas las naciones que existen bajo el cielo se agolpaban con gran tumulto por acercarse á la parte superior, donde se alzaba á gran altura un trono pomposo de soberana majestad. Y en él se veía una mujer magníficamente engalanada y opulentamente vestida con regios atavíos; tanto, que jamás hubo príncipe terrestre

que realizase su esplendor con semejante pompa ni desplecase orgullo tan fastuoso. Allí, sentada en su esplendorosa magnificencia, tenía una gran cadena de oro de anillos bien eslabonados, cuya parte superior estaba sujeta al supremo cielo, y cuya extremidad inferior llegaba al infierno ínfimo (1).»

Ningún capricho fantástico de pintor iguala esas visiones, esa reverberación del horno en las paredes de las cavernas, esas luces que vacilan sobre la multitud, ese tono y ese extraño centelleo del oro que por doquiera reluce en la oscuridad. Es que la alegoría lleva á lo gigantesco. Cuando se quiere presentar la templanza en lucha con las tentaciones, se inclina uno á acumular todas las tentaciones. Trátase de una virtud *general*, y, como es capaz de todas las resistencias, se le piden todas las resistencias á la vez; después de la prueba del oro, la del placer: así se suceden y oponen los espectáculos más grandiosos y deliciosos, rebasando todos ellos los humanos límites: los risueños al lado de los terribles, los jardines venturosos al lado del subterráneo maldito.

«Abrazaban el pórtico de entretejido ramaje los arcos de una vid, cuyos colgantes racimos parecían invitar al que pasaba á gustar su zumo delicioso. Inclínábanse hacia las manos como si brindasen á cogellos: algunos, de un sombrío púrpura semejante al del jacinto; otros, risueños y suavemente bermejos como rubies; otros, verdes aún como hermosas esmeraldas.

»En medio del jardín había una fuente, de la más rica sustancia que en la tierra puede hallarse, tan pura y transparente, que se hubiera podido ver la corriente de plata al través de cada uno de sus conduc-

(1) Lib. II, canto XII.

tos. Estaba espléndidamente adornada de curiosos dibujos y de figuras de niños desnudos, algunos de los cuales parecían revolotear alrededor y retozar traviesamente con vivo alborozo, mientras los otros se bañaban en las ondas deliciosas.

«Y por toda la fuente se extendía una orla de hiedra del más puro oro, ostentando su natural color. Porque el rico metal hallábase teñido de tal suerte, que quien le hubiera visto, sin saberlo, le hubiese de seguro tomado por verdadera hiedra. Hasta el suelo arrastraban sus brazos lascivos que, bañándose en el rocío argentado, humedecían tímidamente sus flores lanosas, cuyas gotas de cristal parecían lágrimas de amor.

»Corrientes infinitas brotaban sin cesar de esa fuente: bello y dulce espectáculo. Caían en anchuroso estanque, y tan rápida y copiosamente afluían, que se hubiera creído ver un pequeño lago. Su profundidad no pasaba de tres codos; por manera que al través de las aguas se descubría el fondo, enlosado de reluciente jaspe.

»Las aves alegres cobijadas en la sombra deleitosa armonizaban sus suaves notas con el coro de las voces. Las angélicas voces, trémulas y tiernas, respondían á los instrumentos con divina dulzura. Los instrumentos concertaban su armonía argentina con el sordo murmullo de las aguas corrientes. Las aguas corrientes, ora subiendo ó bajando su acompasado murmullo, llamaban á la brisa, y la blanda brisa susurrante, respondía siempre en voz muy queda.

»Sobre un lecho de rosas estaba tendida Acrasia, abatida por el calor ó dispuesta para su dulce pecado; cubríala, ó, más bien, la descubría, un transparente velo de plata y seda, que no ocultaba nada de su cutis de alabastro, sino que la hacía parecer más blanca, si

más blanca podía ser. Aracne no hubiese sabido urdir más sutil tela, y las brillantes tramas que solemos ver tejidas por el rocío seco no vuelan más ligeramente por el aire.

»Su niveo seno desnudo era presa ofrecida á los ávidos ojos que no se saciaban de mirarle; y con la languidez de su dulce fatiga, destilaban aún algunas gotas más claras que néctar que, cual puras perlas de Oriente, resbalaban. Sus hermosos ojos, con una dulce sonrisa de voluptuosidad, humedecían, sin extinguirlos, los rayos de fuego con que traspasaban los frágiles corazones, bien así como la luz de las estrellas que, al centellear sobre las olas silenciosas, parece más brillante (1).

¿No hay aquí más que pura magia? Lo que hay aquí son cuadros acabados, cuadros verdaderos y completos, compuestos con sensaciones de pintor, con selección de colores y de líneas, cuadros que encantan los ojos. Esa Acrasia tendida, parece una diosa y una cortesana de Ticiano. Un artista italiano copiaría esos jardines, esas aguas corrientes, esos Amores esculpidos, esos regueros de hiedra que serpentea cargada de hojas lustrosas y de lanosas flores. Antes, en las profundidades infernales, bello era el efecto de aquella reverberante claridad medio ahogada en las tinieblas; y el trono erigido en el espacioso salón entre los pilares, en medio de la tumultuosa muchedumbre, concentraba en torno de sí todas las formas atrayendo todas las miradas. El poeta es aquí, como siempre, colorista y arquitecto.

Por fantástico que sea su mundo, no es un mundo facticio; si no existe, podría y hasta debería existir;

(1) Lib. II, canto XII.

si las cosas no se arreglan de modo que resulte efectivo, culpa de ellas es; considerado en sí mismo, posee esa armonía interior por cuya virtud vive una cosa real. y aun una armonía más alta, puesto que, á diferencia de las cosas reales, se halla construido por entero, hasta en el mínimo de los pormenores, en vista de la belleza. Ha nacido el *arte*: he ahí el gran carácter del siglo, el carácter que distingue á este poema de todos los relatos semejantes acumulados por la Edad Media. Incoherentes, mutilados, yacían estos últimos como reliquias ó esbozos que las manos débiles de los troveros no habían podido reunir en un monumento. Por fin aparecen los poetas y los artistas, y con ellos el sentimiento de lo bello, es decir, la impresión del conjunto. Los poetas y los artistas comprenden las proporciones, las relaciones y los contrastes: *compone*. En sus manos, el bosquejo borroso é incierto se define, se completa, se destaca, se colora y se hace un cuadro. Cada objeto, pensado é imaginado de esa suerte, adquiere el ser definitivo al adquirir la forma verdadera; al cabo de siglos se le reconoce, se le admira é impresiona; más aún: impresiona su autor. Porque el artista, á más de los objetos que pinta, se pinta á sí mismo, imprimiendo en su obra el pensamiento matriz que la engendra y dirige. Spenser es superior á su asunto, le abraza por entero, le amolda á su fin; y por eso marca en él el sello propio de su alma y de su genio. Cada relato se desenvuelve en vista de otro, y todos en vista de cierto efecto común; por eso de tal concierto surge una belleza, la que existe en el corazón del poeta, y la que toda su obra ha procurado hacer sensible: belleza noble al par que risueña, compuesta de elevación moral y de seducciones sensibles, inglesa en el fondo, italiana exterior-

mente, caballeresca por su manera, moderna por su perfección, y que manifiesta un momento único y admirable: la aparición del paganismo en una raza cristiana y el culto de la forma en una imaginación del Norte.

§ 3.—*La prosa.*

I

Un momento así no dura mucho: la savia poética se gasta en el florecimiento poético, y la expansión conduce al declive. Desde los primeros años del siglo XVII se hace sensible la degeneración de las costumbres y de los genios. El entusiasmo y el respeto bajan. Los favoritos y fatuos de la corte intrigan é hincan la uña, entre pedanterías, puerilidades y ostentaciones. La corte roba, y la nación murmura. Los Comunes principian á formalizarse, y el rey, que los amonesta como un maestro de escuela, se doblega ante ellos como un chiquillo. Ese pobre rey aguanta las acritudes de sus favoritos; les escribe en estilo de comadre; se cree un Salomón; hace alardes de escritor, y dando audiencia á un cortesano, le recomienda su reputación de sabio. La dignidad del gobierno flaquea, y la lealtad del pueblo se entibia. Decae el trono y se prepara la revolución. A la vez el noble paganismo caballeresco degenera en vil y escueta sensualidad (1). «El

(1) Harrington's *Nugae antiquae*.